

te en esta relajacion vituperable. Mas adelante se verá mezclarse á los melecianos en las intrigas de los arrianos contra la Iglesia católica.

San Pedro, obispo de Alejandría, habia sucedido á San Teonás el año 300 de Jesucristo, y gobernó por espacio de doce dicha Iglesia. Nos ha quedado de él una epistola canónica que contiene los reglamentos que estableció el año 306 para la reconciliacion de los cristianos que habian apostatado. Vitupera con energía á los que de suyo se entregaban yendo temerariamente á declararse cristianos y á irritar con su celo indiscreto el furor de los tiranos; sin embargo, disculpa á los que se declaraban así por razones particulares y loables, como por ejemplo, para reparar el escándalo ocasionado por la caída de sus hermanos. Justifica á los que se ponian á cubierto de la persecucion por dinero ó huyendo: concede la comunión á los que despues de su caída han vuelto al combate y han sufrido la prision y los tormentos, y señala la duracion de la penitencia para los otros con arreglo á las circunstancias de su falta. Condena sobre todo severamente á los amos que habian enviado á sus esclavos cristianos para que sacrificaran en su lugar. En cuanto á los que enviaban paganos, como supone que pudieron obrar así por ignorancia, les impone solamente seis meses de penitencia. San Pedro de Alejandría habia compuesto algunas otras obras, de que no nos quedan sino fragmentos poco considerables. Padió martirio hácia fines del año 311.

La persecucion, como hemos dicho, continuó en Oriente mucho tiempo despues de la abdicacion de Diocleciano. Galerio, que reinaba en la Iliria, en la Grecia y en el Asia, se entregaba á todos los excesos de la mas odiosa tiranía, y perseguia sobre todo á los cristianos con redoblado furor. Fomentaba su odio el César Maximino, su sobrino, encargado del gobierno de la Siria y de las provincias inmediatas: como este príncipe conservaba la ignorancia y los vicios de su primera condicion, aparentaba tambien mas celo que los otros por la idolatría. Mandó reparar los templos en todas las ciudades, puso en todas partes sacrificadores, y dió nuevos privilegios á los Pontífices. Nada se atrevia á emprender sin consultar los oráculos, y su credulidad supersticiosa le sometia á la influencia de una turba de charlatanes mágicos ó adivinos, á quienes miraba como amigos de los dioses. Al mismo tiempo llevaba la disolucion hasta el último grado. Se embriagaba á punto de perder la razon, y en tal estado daba las órdenes mas extravagantes. Dejándose arrastrar de todas sus inclinaciones brutales, hacia robar mugeres casadas y doncellas, lo que ocasionó el martirio de una multitud de cristianas, que prefirieron morir antes que consentir en sus deseos infames. De este número fué Santa Pelagia, vírgen de Antioquia, que por no caer en manos de los que la perseguían, se dió la muerte precipitándose desde lo mas alto de su casa. Sin du-

da obedeció á una inspiracion particular, y la Iglesia la honra como mártir.

Luego que Maximino fué asociado al imperio, envió órdenes á los gobernadores de las provincias dependientes de él, para que obligaran á todos los habitantes sin excepcion, á sacrificar. Entonces la persecucion fué mas violenta que nunca, y se ejerció por espacio de tres años sin interrupcion. Es imposible imaginar todas las crueldades que los cristianos tuvieron que sufrir. Infinito número de ellos perecieron en diferentes suplicios; despues de padecer los tormentos mas bárbaros: otros, con los miembros dislocados y el cuerpo cubierto de llagas, permanecian años enteros sepultados en calabozos infectos, de donde los sacaban de cuando en cuando para atormentarlos de nuevo, con la esperanza que así se lograria triunfar de su constancia. A otros muchos les reventaron el ojo derecho, y les cortaron ó quemaron el jarrete: en seguida los enviaron á trabajar á las minas, dejándolos con vida únicamente para hacerles padecer un martirio mas largo. Algunos, abandonando sus bienes, se fugaron y se escondieron en los bosques, en los montes y en los desiertos, donde soportaron con valor los padecimientos y las privaciones mas penosas. Así pasaron los abuelos de San Basilio mas de siete años en los bosques de la Capadocia, expuestos á las inclemencias del cielo, y sin otro alimento que los animales que podian cazar.

Bastarán algunos ejemplos para que se juzgue de la violencia de la persecucion. Ulpiano, cristiano jóven de Tiro, por haberse mostrado inflexible en medio de los tormentos, fué metido en un pellejo con un perro y una serpiente, y arrojado al mar. Afiano y Edesio, hermanos, de una familia ilustre de la Licia, despues de atormentados mucho tiempo con todo género de suplicios, fueron arrojados tambien al mar, el uno en Cesarea de Palestina y el otro en Alejandría. Con el mismo suplicio consumió San Agapito su martirio en Cesarea. Ya habia sido expuesto á las fieras algunos años antes, y despues habia permanecido en la cárcel, siempre amenazado por los magistrados, cuando Maximiano, no pudiendo obligarle á sacrificar, mandó echarle una osa en un espectáculo dado para festejarle el año 306; y como el santo mártir respirase aun, fué conducido otra vez á la prision y arrojado al dia siguiente al agua, donde murió ahogado. En la misma ciudad de Cesarea, habiéndose acercado á algunos confesores para encomendarse á sus oraciones, Teodosia, doncella jóven y cristiana, inmediatamente fué presentada al gobernador, que mandó le rasgaran los pechos y los costados hasta verse los huesos, y en seguida hizo que la precipitaran en el mar. Otras dos doncellas fueron atadas juntas y quemadas vivas, despues de despedazarlas tambien y dislocar sus miembros en el tormento. Un mártir llamado Pablo, sentenciado á la decapitacion, pidió algunos instantes al verdugo, é hizo una plegaria en

alta voz por los cristianos, por los judíos, por los infieles, por la multitud que estaba presente, por los emperadores, por el juez que le había condenado y por el mismo verdugo, rogando á Dios que se dignase de perdonarles; lo que conmovió de tal manera á los asistentes, que algunos de ellos no pudieron menos de derramar lágrimas. Eusebio que nos ha dado la historia de estos mártires y de otros varios que padecieron entonces en la Palestina, nos manifiesta también cuán considerable fué el número de los confesores mutilados y condenados á las minas, supuesto que de una sola vez lo fueron 97, otra hasta 130; y semejantes castigos se repetían á menudo.

Entre tanto, Maximino, proclamado ya augusto por su ejército, juzgó que importaba á su política mostrarse favorable á los cristianos en una circunstancia, en que tenía que temerle todo de la cólera de Galerio, poco dispuesto al parecer á reconocer su nuevo título. Mandó, pues, que cesara la persecucion, y que fueran puestos en libertad los confesores que trabajaban en las minas. Pero habiéndose avenido de allí á poco con Galerio, volvió á ostentar sus antiguas inclinaciones, y envió órdenes á todos los gobernadores de las provincias para que se reedificasen y reparasen los templos de los ídolos; para que todos los ciudadanos, hombres, mugeres y niños, fuesen obligados á hacer sacrificios y libaciones á los dioses; para que todos los víveres expuestos en los mercados se profanasen con aspersiones idólatricas; y por último, para que se pusieran guardias en las puertas de todos los parages públicos, á fin de precisar á sacrificar á todos los que saliesen de ellos.

Poco tiempo despues, es decir, en el mes de Febrero del año 309, murió el ilustre mártir San Páulfo, presbítero de Cesarea. Era originario de Berito, en Fenicia, de una familia distinguida, y había ocupado los primeros cargos de la magistratura en aquella ciudad; pero todo lo había renunciado y distribuido sus bienes á los pobres para dedicarse enteramente á la práctica de las virtudes cristianas y al estudio de las Santas Escrituras. Buscó con mucho anhelo las obras de los escritores eclesiásticos, y formó así una rica biblioteca que dejó á la Iglesia de Cesarea. También fundó en la misma ciudad una escuela cristiana donde enseñó la religion. Se cree que compuso con Eusebio una apología en defensa de Orígenes; pero se hizo célebre, sobre todo, por sus tareas para dar una edicion correcta de la Santa Escritura, restableciendo en su pureza la que Orígenes había dado, mediante el cotejo de una multitud de ejemplares. Como la negligencia de los copiantes había alterado esta edicion, la trascribió con el mayor esmero, tal cual se hallaba en el original de los Hexaplos, y mandó sacar varias copias que las Iglesias de la Palestina adoptaron. Cortaron á este santo mártir la cabeza en Cesarea, despues de haberle tenido preso dos años; otros varios cristianos fueron condenados con él al mismo suplicio, y el juez hizo exponer sus cuerpos en un muladar para que los anima-

les los devoraran; pero como ninguno hubiese llegado á ellos, pasados algunos dias, los fieles consiguieron llevárselos para darles sepultura.

Esta continuacion de persecuciones y estos multiplicados suplicios comenzaban á causar á los mismos paganos, y algunos de ellos murmuraban en alta voz. Aplacóse, pues, la persecucion hácia fines del año 307, aunque no cesó enteramente. Un gran número de confesores que trabajaban en las minas de Palestina, se aprovecharon de esta suspension para construir iglesias donde celebrar los santos misterios. Súpolo el gobernador, y dió órden de dispersarlos en diferentes lugares; mandó quemar á varios, entre otros á dos obispos de Egipto, y de allí á poco tiempo fueron decapitados 39 por mandato de Maximino.

No menos encarnizado se mostró Galerio. Se ha visto anteriormente qué horribles suplicios había discurrido para prolongar los padecimientos de los cristianos; pero al fin experimentó los efectos de la venganza divina que le hirió de una manera patente. Por espacio de un año estuvo sufriendo dolores atroces á resultas de una llaga vergonzosa é incurable, que se trató de cicatrizar varias veces con el hierro; pero siempre se volvía á abrir, y el enfermo perdía tal cantidad de sangre que se temió por su vida. No tardó en declararse la gangrena é hizo progresos espantosos. En vano imploró él con repetidos sacrificios el auxilio de los dioses. Los remedios ordenados en nombre de Apolo y de Esculapio no hicieron mas que agravar el mal: la habilidad de los médicos mas afamados no tuvo tampoco mejor éxito. La corrupcion combatida en el exterior penetró en los intestinos, donde se formó un hormiguero de gusanos que exhalaban un hedor insoportable. Toda la parte superior del cuerpo se había quedado horriblemente flaca, y no presentaba mas que una piel livida pegada á los huesos. Los miembros inferiores, hinchados de un modo prodigioso, no conservaban nada de su forma natural. Viendo Galerio que cada dia iba á peor, echó la culpa á los médicos é hizo morir á algunos; pero hubo uno bastante animoso para advertirle que su enfermedad no era de las que se alivian con remedios humanos. "Acuérdate, le dijo, de lo que has hecho contra los siervos de Dios, y sabrás á quién debes recurrir." Cediendo Galerio al temor de la muerte y no al arrepentimiento, publicó un edicto en la primavera del año 311, para que los cristianos profesasen su religion con plena libertad, y volviesen á celebrar sus reuniones en las iglesias, á fin de que por agradecimiento pudiesen á su Dios por la salud del emperador y por la prosperidad del imperio. Pero en el preámbulo de este edicto intentaba justificar las persecuciones que había decretado contra ellos, para sacarlos, decia, de su ceguera: daba á entender que usaba de indulgencia con ellos, porque el rigor no había hecho otra cosa que privarlos de adorar á su Dios sin moverlos á tributar el culto debido á los dioses del imperio. Se-

mejantes disposiciones no eran muy propias para aplacar la cólera divina. A los pocos dias de promulgado el edicto pereció miserablemente Galerio reducido su cuerpo á podredumbre y cayéndosele á pedazos.

Tambien se le envió á Maximino esta ley publicada en nombre de Galerio, de Licinio y de Constantino, para que se llevara á ejecución en las provincias de su dependencia; pero Maximino no quiso adoptar un edicto que no llevaba su nombre. Sin embargo, como aspiraba á recoger pronto una parte de la sucesion de Galerio, y le parecia impolítico en tal circunstancia continuar solo la persecucion, dió orden de que cesara. Sabino, prefecto del pretorio en Oriente, escribió de su parte á los gobernadores de las provincias para declararles que mostrándose rebelde á todos los suplicios la obstinacion de los cristianos, la voluntad de los emperadores era que no se les inquietase mas, y que se les dejase en libertad de practicar su religion sin turbarlos ó castigarlos de ningún modo por este motivo. Entonces se vió renirse á los fieles en todas las ciudades para los ejercicios del culto divino. Los confesores que trabajaban en las minas ó estaban en las cárceles, recobraron la libertad. En todos los caminos se encontraban á bandadas aquellos cristianos generosos, los mas mutilados horriblemente, que volvian á sus casas cantando himnos y cánticos, y los mismos paganos no podian menos de participar de su regocijo. Pero no duró mucho tiempo esta paz.

Luego que Maximino supo la muerte de Galerio, se adelantó con toda diligencia para apoderarse de las provincias del Asia Menor hasta el Helesponto: Licinio por su parte acudió á defender sus derechos, amenazados por un colega ambicioso. Los ejércitos estaban á la vista, separados únicamente por el estrecho, y la guerra parecia inevitable; pero los dos emperadores consiguieron arreglar sus pretensiones reciprocas con un convenio. Maximino regresó sin tardanza á Siria, y no teniendo ya nada que temer, siguió las inspiraciones de su ódio habitual á los cristianos. Comenzó por prohibirles que se reunieran en los cementerios; despues, para aparentar que se veia obligado á revocar sus órdenes anteriores, obró sordamente á fin de que las ciudades principales le enviaran diputaciones, solicitando la expulsion de los cristianos ó á lo menos la prohibicion de sus juntas. La ciudad de Antioquia fué una de las primeras que pidieron que no se permitiera á ningún cristiano morar en ella. Se cuidó de hacer hablar á los oráculos en apoyo de estas súplicas. La ciudad de Tiro hizo una solicitud semejante, y al responder Maximino, alabó en tales términos el celo de los habitantes y les manifestó tanta benevolencia, que todas las ciudades siguieron el ejemplo de Tiro, ya espontáneamente, ya á instigacion de los gobernadores que querian de este modo adular al príncipe.

Al mismo tiempo se buscaron todos los medios de hacer odioso el cristianismo. Se difundieron por orden del emperador libelos ates-

tados de blasfemias con el título de *actas de Pilato*, y se les revisió de las formas mas auténticas en apariencia, á fin de que pasaran por las actas en que se contenian los procedimientos de Pilato contra Jesucristo. Se repartieron por todas las ciudades y aldeas: se expusieron al público para que todo el mundo pudiese leerlas; y se mandó que los niños de las escuelas las aprendiesen de memoria. Un gobernador de Damasco cogió á algunas prostitutas, y las amenazó con el tormento si no decian que habian sido cristianas, y que sabian que en las iglesias se cometian abominaciones. Ellas declararon cuanto se quiso, y sus deposiciones, extendidas en la forma ordinaria se publicaron igualmente en todos los lugares.

Comenzó, pues, de nuevo la persecucion en el Asia y en el Egipto despues de unos seis meses de interrupcion. Maximino, so pretexto de clemencia, mandó que mutilaran á los confesores en vez de quitarles la vida. Así, les arrancaban los ojos y les cortaban las manos, los piés, las narices ó las orejas; con todo, no dejaron los gobernadores de condenar á algunos á muerte. Entonces fué martirizado San Pedro de Alejandria, y algun tiempo antes Hesiquio, Teodoro y Pacomio, obispos de diferentes Iglesias del Egipto, y gran número de otros cristianos, sacerdotes ó simples fieles en la dicha provincia. En la misma persecucion se cuenta que pereció la ilustre vírgen Santa Catalina, tan distinguida por el esplendor de su nacimiento y por sus riquezas, como por su entendimiento y vastos conocimientos; pero se ignoran las circunstancias de su suplicio. Un monge llamado Apolonio, condenado á la hoguera con Filemon, á quien acababa de convertir, se libró por un milagro, que determinó al juez y á otros varios á abrazar la fé. El prefecto de Alejandria mandó llevarlos á todos allá y arrojarlos al mar; pero las aguas volvieron sus cuerpos, y fueron enterados en un mismo sepulcro, donde se obraron en lo sucesivo muchos milagros.

Debemos citar tambien entre otras muchas victimas de esta persecucion, á San Metodio, obispo de Tiro, y á San Luciano, presbítero de Antioquia. Este se habia hecho célebre por la austeridad de su vida, así como por su elocuencia y erudicion. Emprendió dar una edicion correcta y exacta de la version de los setenta, coleccionando los mejores ejemplares, y sirviéndose del texto hebreo para corregir algunas veces los defectos de los copiantes. Esta edicion fué adoptada en Antioquia, en Constantinopla y en la mayor parte de las Iglesias del Asia Menor y de la Grecia. Las de la Palestina siguieron como hemos dicho, la edicion publicada por San Pánfilo; y la Iglesia de Alejandria y el resto del Egipto, adoptaron otra edicion dada por Hesiquio. San Luciano habia publicado algunas otras obras de que no nos ha quedado nada. Algunos autores suponen que se sospechó era partidario de las opiniones de Pablo de Samosata; por lo cual estuvo separado mucho tiempo de la comunión de la Iglesia; pero ni Eusebio, ni San Gerónimo hablan de

estas circunstancias: puede suponerse con bastante probabilidad, que hubo otro Luciano con quien se habrá confundido al santo mártir. Sea como quiera, lo cierto es que murió en la comunión de la Iglesia, como lo prueban los elogios que le han dado los mayores santos, y sobre todo la carta que escribió desde la cárcel á la Iglesia de Antioquia, y que acababa con estas palabras: "Todos mis compañeros los mártires os saludan." Conducido á Nicomedia, y presentado al gobernador, hizo ante él una apología elocuente de la religion cristiana, y sufrió con un valor invencible el tormento. Despues le encerraron otra vez en el calabozo, donde le tuvieron bastantes dias sin alimento, y al cabo de ellos le sirvieron manjares ofrecidos á los idolos; pero no los tomó. El gobernador mandó atormentarle segunda vez y con tanta violencia, que espiró en la tortura repitiendo estas palabras: "Yo soy cristiano." Ocurrió su martirio á 7 de Enero del año 312.

Casi al mismo tiempo fué condenado á muerte San Metodio; pero se ignoran los pormentos de su suplicio. Habia sido primeramente obispo de Olimpo, ciudad marítima de la Licia, antes de ser llamado á la silla de Tiro, donde sucedió á San Tiranion, martirizado bajo el reinado de Diocleciano. El nombre de San Metodio se habia hecho célebre con varias obras notables por la claridad y elegancia del estilo. Aun poseemos la que se titula el *Banquete de las vírgenes*, diálogo en que se explican las ventajas y los deberes de la virginidad. Tambien nos quedan unos fragmentos bastante largos de otras obras, particularmente de un tratado de la resurreccion, compuesto para refutar los errores atribuidos á Orígenes tocante á este dogma. Habia combatido el santo obispo con mucha energia y erudicion los libros de Porfirio contra la religion cristiana; pero así como esta obra se ha perdido su refutacion.

Maximino, en las respuestas á las ciudades que pedian la persecucion, habia cuidado de realzar con énfasis los favores de que los dioses, decia él, colmaban su imperio, derramando por todas partes la abundancia, y preservándole de toda calamidad, á causa del celo que se manifestaba contra una secta impía. No tardó la Providencia en desmentirle de un modo patente. A poco tiempo sobrevino una sequía extraordinaria, que trajo la esterilidad y luego un hambre espantosa. Un número asombroso de ciudadanos, aun de las clases elevadas, despues de haber vendido poco á poco todos sus bienes, se vieron reducidos á la última miseria, y condenados á morir de hambre. Algunos vendieron hasta sus hijos para tener con que alargar algunos dias mas tan misera existencia. Se veian turbas de hombres y mugeres con el cuerpo descarnado, y semejantes á las fantasmas, andar de aquí para allí pidiendo un pedazo de pan. De repente se caian de inanicion en las calles y en las plazas públicas, donde quedaban los cadáveres sin sepultura. Vino despues la peste y ejerció sus estragos con aquellos á quienes

la opulencia habia preservado del hambre. El número de muertos era infinito, y la miseria ó el contagio arrebataban á veces familias enteras. Estos dos azotes iban acompañados de una enfermedad, que manifestándose en el rostro por medio de úlceras y acometiendo principalmente los ojos, hizo perder la vista á innumerables personas, como para vengar á los muchos confesores á quienes sus perseguidores habian reventado los ojos. Tantas calamidades no alteraron las disposiciones de Maximino, y no mandó que cesara la persecucion hasta que le obligaron los acontecimientos sobrevenidos en Oriente, á resultas de los cuales el cristianismo se sentó en el sólo.

Maxencio despues de proclamado emperador en Roma, no tardó, segun indicamos, en restituir la libertad á los cristianos. Cuando se afirmó la paz de la Iglesia, se pensó en proveer la Santa Sede que estaba vacante hacia algunos años, y fué elegido Papa San Marcelo á principios del de 308. Ocupóse en reparar las brechas que las calamidades de los tiempos habian hecho en la disciplina; y como su celo le hiciese odioso á los apóstatas, á quienes queria obligar á la penitencia por su crimen, se enfurecieron contra él, recurrieron á violencias sediciosas, y lograron que Maxencio le des-terrara. Murió el santo Pontífice el 16 de Enero del año 310, despues de uno y ocho meses de pontificado. San Eusebio, que fué elegido en su lugar, no ocupó la Santa Sede mas que unos cuatro meses, y el 2 de Julio del año siguiente se nombró para sucederle á San Melciades ó Melquiades, que gobernó la Iglesia dos años y medio.

Por este mismo tiempo, Maxencio, dueño ya del Africa, restituyó tambien la libertad á los cristianos de aquella provincia, y ordenó que se les devolviera cuanto se les habia arrebatado durante la persecucion. Pero si los intereses de su politica le dictaron algunas medidas de justicia, no dejó de grangearse el odio general con una tiranía odiosa. No contento con agobiar á sus vasallos con exacciones repugnantes, mandó quitar la vida bajo diferentes pretextos á varios senadores, para apoderarse de sus bienes. Un dia, por una causa bastante liviana, hizo que las guardias pretorianas acuchillaran al pueblo romano. Hacía robar las mugeres mas ilustres, y despues de deshonrarlas las devolvía á sus maridos. Así quiso tratar á la esposa del prefecto de la ciudad, y éste tuvo la vileza de consentir; pero la muger, que era cristiana, pidió algun tiempo como para adornarse, y entrando sola en su gabinete, dirigió á Dios una corta oracion, y se clavó un puñal en el pecho. Es de presumir que la movió una inspiracion particular, que no le dejó considerar mas que las excelencias de la castidad, sin la cual las reglas del cristianismo no permitirian aprobar esta accion, disculpable, sin embargo, por los efectos naturales de la perturbacion ó de la ignorancia.

Maxencio entre tanto, despues de subyugada el Africa, formó el proyecto de despojar á Constantino, y le declaró la guerra so pretexto de vengar la muerte de Maximiano Hércules, su padre. Tenia un ejército considerable y tesoros inmensos, de modo que no dudaba absolutamente del triunfo. Constantino, aunque con fuerzas muy inferiores, no vaciló en marchar contra su enemigo; pero conoció la necesidad de interesar al cielo en favor de sus armas. Reflexionando, pues, sobre el desgraciado destino de los emperadores que habian perseguido á los cristianos, y recordando que su padre habia disfrutado de una prosperidad constante por adorar al único Dios soberano, resolvió dirigir tambien sus súplicas á este Dios omnipotente, y le rogó que se le diera á conocer y le protegiese en su empresa. Estando así en ferviente oracion, descubrió en medio del cielo una cruz luminosa, mas brillante que el sol, con esta inscripcion: *In hoc signo vinces*. Todo el ejército vió con admiracion el mismo prodigio. El emperador, absorto enteramente con esta maravilla, pensó el resto del dia en lo que podia significar. A la noche siguiente se le apareció Jesucristo con la misma señal, y le mandó que hiciera otra semejante, y la usase en los combates como prenda segura de la victoria. Constantino se levantó muy temprano, llamó operarios, y él mismo les trazó el dibujo del famoso estandarte que se llamó *labaro*, sin que se sepa el origen de esta palabra. Era como la vara de una pica larga, revestida de oro y atravesada en la parte de arriba por otra vara que formaba una cruz, de donde pendia un velo tejido de oro y de pedrería. Sobre el vértice de la cruz, habia una corona tambien de oro y piedras preciosas, en medio de la cual se hallaban enlazadas las dos primeras letras griegas del nombre de Cristo. Por cima del velo y sobre los brazos de la cruz, estaban puestas los retratos del emperador y de sus hijos. El mismo Constantino contó esta vision á Eusebio, que la refiere en la vida de aquel príncipe; y la razon natural no permite suponer que uno ú otro quisiese ni pudiese engañar acerca de un hecho de esta naturaleza, cuando vivian aún y podian desmentirle infinitas personas que se decía habian sido testigos oculares de aquella maravilla (1).

Despues de esta aparicion, Constantino se declaró abiertamente cristiano: llamó obispos que le instruyesen en la fé, y lleno de confianza en la proteccion divina, penetró en Italia, derrotó sucesivamente á varios generales de Maxencio, y en fin, avanzó hasta las puertas de Roma, donde estaba encerrado éste, por haberle amenazado con la muerte un oráculo si salia, porque el tirano habia re-

(1) Se cree comunmente que esta vision milagrosa sucedió en las Galias. Lactancio dice que la víspera del último combate contra Maxencio á las puertas de Roma, fué advertido Constantino en sueños, que pusiera la cruz en los escudos de sus soldados; pero esta era la segunda vision, diferente de la que habia Eusebio.

currido á todas las supersticiones paganas para consultar á los dioses y atraerse su proteccion: multiplicaba los sacrificios; practicaba encantos é invocaciones mágicas, y hasta hacia abrir á las mugeres en cinta para buscar presagios de lo futuro en las entrañas palpitantes de los fetos. Mas luego que hizo salir las tropas para dar la batalla á Constantino, sin atravesarse á ponerse al frente, el pueblo, insultando su cobardía, comenzó á gritar que Constantino era invencible. Entonces Maxencio aterrado, ordenó que se consultasen los libros sibilinos; y como fingiesen los cortesanos haber hallado que aquel dia debia perecer el enemigo del pueblo romano, creyendo segura la victoria, se decidió al fin á salir de la ciudad. Su presencia reanimó el ardor de las tropas, y sobre todo de los soldados pretorianos; pero despues de hacer dilatados esfuerzos de valor, tuvieron que ceder al ejército de Constantino, el cual fué advertido en el mismo dia, y tambien en sueños, que pusiera el signo de la cruz en los escudos de sus soldados. Maxencio al huir, se ahogó en el Tíber, por haberse roto un puente de barcas que habia dispuesto para perdicion de su enemigo. Esta batalla se dió el 27 de Octubre del año 312.

Constantino entró victorioso en Roma, donde fué recibido como un libertador. El senado hizo erigir un arco triunfal en honor suyo, y la Italia le decretó una corona de oro. Pero el piadoso emperador no se olvidó de hacer triunfar la religion y el nombre de Jesucristo, que la habia proporcionado la victoria. Quiso que la primera estatua que se le erigió en la capital del imperio, le representase con una larga cruz en la mano, y esta inscripcion: "Por la virtud de este signo saludable, he libertado vuestra ciudad de la tiranía, y he restituido al senado y al pueblo romano, su libertad y su gloria."

Algunos meses despues, habiendo pasado Constantino á Milán para celebrar el casamiento de su hermana con Licinio, publicaron los dos emperadores un edicto en favor de los cristianos, que estaba concebido en estos términos: "Habiendo creído hace mucho tiempo que no se debia negar á nada: la libertad de conciencia, hemos ordenado ya que se permitiese á los cristianos, como á todos nuestros demas vasallos, practicar libremente su religion. Pero como en el rescripto publicado al efecto, hay algunos términos que han podido dar lugar á falsas interpretaciones (1), mirando como nuestro primer deber arreglar lo que concierne al culto de la di-

(1) No tenemos este primer edicto de Constantino, y no se sabe cuáles eran precisamente sus disposiciones. Tampoco se tiene noticia de la fecha; pero se cree comunmente que se publicó despues de la derrota de Maxencio; y parece cierto que este primer decreto y no el segundo, fué el que obligó á Maximino á restituir por su parte la libertad á los cristianos.

vinidad, y asegurar á los cristianos como á todos los demas, plena y entera libertad de seguir la religion que tengan por conveniente, á fin de atraer sobre nosotros el favor del cielo, ordenamos por este edicto que á nadie se impida practicar ó abrazar la religion cristiana, y que cada uno pueda ejercer libremente el culto que juzgue preferible. Os comunicamos, pues, nuestra voluntad, á fin de que no obstante todos los decretos en contrario que se os han dirigido anteriormente, cualquiera que desee seguir la religion cristiana, pueda hacerlo libremente, sin ser turbado ni inquietado de ningun modo. Hemos creido que debiamos declarároslo así terminantemente, para que sepais que hemos otorgado á los cristianos la libertad absoluta de observar su religion sin restriccion alguna; en la inteligencia, que la misma libertad se dejará á todos nuestros demas vasallos, á fin de mantener la tranquilidad de nuestro reinado. Ordenamos ademas en favor de los cristianos, que los lugares donde tenian costumbre de congregarse, les sean restituidos por los que los compraron ó recibieron en donacion, sin demora ni tergiversacion, y sin ninguna repeticion de precio. Los compradores ó los donatarios podrán dirigirse al prefecto de la provincia, para obtener la indemnizacion á que se crean con derecho. Cuidareis de que incontinenti se restituyan todos aquellos lugares á la sociedad de los cristianos; y como es notorio que poseian tambien otros bienes pertenecientes á las Iglesias, debeis procurar asimismo que les sean restituidos gratuitamente y sin contestacion, salvo que los detentadores recurran á nos despues de restituir, para obtener una indemnizacion. Cuidareis en todo esto de emplear vuestra autoridad para servir á los cristianos, y de velar sobre la ejecucion del presente edicto, á fin de que la divina Bondad, cuya proteccion hemos experimentado ya de tantas maneras, continúe colmándonos de sus favores." Este edicto se publicó y envió á los gobernadores de las provincias, al principio del año 313. Es probable que tambien se le enviase á Maximino, para que le hiciera ejecutar en la parte del imperio que le estaba sujeta; pero este tirano no se hallaba muy dispuesto á hacer caso de él.

Cuando recibió el primer edicto, de que este era una explicacion, se negó á publicarle, y se contentó con escribir á sus oficiales que no atormentasen ya á los cristianos, y que empleasen solamente la persuasion ó la seducción para atraerlos al culto de los dioses. Sabiendo despues que Licinio estaba en Italia, creyó la ocasion favorable para ejecutar el proyecto que habia formado de invadir sus Estados; y partiendo de Oriente á la cabeza de 70.000 hombres, marchó á grandes jornadas hasta la Tracia. Corrió Licinio á su encuentro con 30.000 hombres solamente que habia reunido á toda prisa. Maximino prometió á Júpiter con voto solemne, que si ganaba la batalla aboliría enteramente el nombre cristiano. Licinio por su parte se puso bajo la proteccion del Dios supremo; y

Lactancio cuenta que se apareció un ángel á este emperador durante la noche, prometiéndole la victoria si hacia rezar á sus tropas una oracion, cuyas palabras le dictó. Remitieron copias de esta oracion á todos los gefes por orden de Licinio; y en el momento del combate, habiéndola rezado todos los soldados por tres veces en alta voz, se arrojaron con fiados y animos sobre el ejército de Maximino. Este, á pesar de la superioridad numérica, no pudo resistir aquella embestida impetuosa: parte fueron hechos pedazos: los demas se rindieron ó huyeron: Maximino se salvó precipitadamente con algunas reliquias de su ejército. Luego que regresó á sus Estados, mandó quitar la vida á los adivinos y sacerdotes idólatras, que le habian prometido la victoria, y publicó una ley en favor de los cristianos, concediéndoles el libre ejercicio de su religion, y decretando la restitucion de las iglesias y de los otros bienes que les pertenecian. Perseguido en seguida por Licinio, se encerró en la ciudad de Tarso, y viéndose embestido de todos lados, tomó un veneno por no caer en manos del vencedor. Inmediatamente sintió un fuego abrasador en las entrañas, y por espacio de cuatro dias sufrió dolores atroces: parecia que estaba sujeto á accesos de rabia, segun se revolcaba en el suelo, se despedazaba el cuerpo, y se golpeaba la cabeza en las paredes con tanta violencia, que se le reventaron los ojos y le salieron de su órbita. Pero su tormento mas cruel eran los remordimientos. Creia ver á Jesucristo sentado en su tribunal para juzgarle, y se le oia responder como un reo puesto en el potro: "Yo no lo he hecho: son los otros." A veces confesaba sus crímenes, y suplicaba al Señor se los perdonase. Así pereció víctima de su propio furor, padeciendo la mayor parte de los suplicios con que habia atormentado á los mártires.

Licinio mandó quitar la vida á los hijos de Maximino y á los principales ministros de sus crueldades, y precipitar á la muger del tirano en el Orontes, rio de Antioquia, donde ella habia hecho ahogar á multitud de vírgenes y de mugeres cristianas. Tambien condenó á muerte á Candidiano, hijo de Galerio, y á Severiano, hijo de Severo, para que no alejasen derechos al imperio. Extendió igualmente su crueldad á Prisca, esposa de Diocleciano, y á Valeria, hija de este príncipe y viuda de Valerio, las cuales, despues de andar errantes quince meses disfrazadas de criadas, fueron concidas al cabo en Tesalónica y decapitadas. Diocleciano habia terminado su vida algun tiempo antes, de un modo aun mas triste. Hacia cosa de un año que le consumia una enfermedad lenta, sin dejarle reposar un instante. Agitado de continua zozobra, debilitado de cuerpo y de espíritu, y sin tomar casi alimento, no hacia mas que llorar por su estado. Habiendo sabido que Constantino habia mandado derribar sus estatuas, cayó en la desesperacion mas violenta: se revolcaba en el suelo, y al fin se dejó mo-

rir de hambre, en Diciembre del año 312. Así se ejecutó la venganza divina en los perseguidores y en su descendencia.

Licinio, que por política nada mas se habia mostrado favorable á los cristianos, varió luego de disposicion, y no tardaremos en ver cómo se renovó la persecucion en Oriente por algun tiempo; pero las victorias que Constantino alcanzó á este colega ambicioso, acabaron de consolidar la paz de la Iglesia en todo el imperio.



LIBRO VII.

DESDE LA CONVERSION DE CONSTANTINO HASTA SU MUERTE.

DE 313 A 337.

Llegó por fin el cristianismo una existencia legal en el imperio romano por la conversion de Constantino, despues de haber luchado por espacio de tres siglos, con persecuciones y obstáculos de toda clase. El edicto que apareció en Milán, asegurando á los cristianos el libre ejercicio de su religion, se publicó en Nicomedia por Licinio, en cuanto ocurrió la derrota de Maximino; y con esta medida se extendieron á las provincias de Oriente las dulzuras de la paz de que ya disfrutaba hacia años la Iglesia occidental. Presentábase con toda seguridad y por todas partes, los fieles: manifestaban su alegría con cánticos devotos: salian los confesores de las cárceles: volvian á su patria los fugitivos y desterrados: los pastores reunian sus rebaños dispersos, y se entregaban sin miedo al ejercicio de sus funciones. Se construian iglesias nuevas y magnificas en lugar de las demolidas y quemadas: se hacian las fiestas de su dedicacion y consagracion con la mayor solemnidad y en medio de la inmensa concurrencia del pueblo; y desde aquel mismo instante se principiaron á celebrar los santos misterios con una pompa magestuosa, que jamas hasta entonces habia podido sufragar la Iglesia.

Nada omitió Constantino para dar brillantes testimonios de su fé, y favorecer con todo su poder los progresos del Evangelio. Ademas del edicto que habia publicado de acuerdo con Licinio, envió circulares á los gobernadores de las provincias, mandádoles que restituyesen prontamente á las Iglesias los bienes que le pertenecieron, y que habian ocupado los infieles en virtud de las precedentes confiscaciones. Eusebio ha transmitido la carta que se dirigió al procónsul de Africa: decia el emperador: "Tu prontitud en la ejecucion de esta órden me servirá de prueba de tu perfecta obediencia." Contribuia igualmente con abundantes limosnas al adorno de los templos y sustentacion de los ministros de la religion. Apenas sucedió la derrota de Maxencio, envió tres mil bolsas (como un millon y quinientos mil ducados) al obispo de Cartago para el clero de Africa, de la Numidia y de la Mauritania; y en la carta que con este motivo le escribió, añadió que si no juzgaba suficiente esta suma, podia dirigirla á su intendente imperial, que tenia órden de proveer sin detencion á todo lo que necesitasen. Tambien se cree, que por aquel tiempo regaló á los Papas el palacio de Letran,